

lacio de la marina esperaban á Danton para reunirse en consejo , y la ciudad entera estaba en pie. Un terror profundo reinaba en las cárceles, y en el Temple preguntaba con ansiedad la familia real la causa de tantas agitaciones , porque el menor alboroto la hacia temblar mas que á todos los prisioneros. En las cárceles mismas parecian consternados los carceleros, y el de la Abadía habia mandado desde por la mañana salir de alli á su muger y sus hijos. Se les habia distribuido la comida á los presos dos horas antes de lo acostumbrado y les habian quitado á todos los cuchillos de sus servilletas. Admirados de esta circunstancia, preguntaban con ahinco á sus guardas y estos evitaban responderles. Por fin principi6 á las dos la generala, la campana de rebato, y reson6 el cañonazo de alarma en el centro de la capital. Millares de ciudadanos se dirigen al campo de Marte y otros rodean el ayuntamiento, la asamblea y ocupan las plazas públicas.

Esperaban en la casa de la ciudad 24 sacerdotes , que arrestados por no haber querido prestar el juramento , iban á ser trasladados desde la sala de depósito á las prisiones de la Abadía , y fuese con intencion ó por casualidad, habian escogido aquel momento para trasladarlos. Los colocaron en seis coches de alquiler, y escoltados por confederados bretones y marseleses los condugeron

al paso hácia el arrabal de San German , siguiendo por los muelles, el puente nuevo y la calle Delfina. Al momento los rodearon los pillos diciéndoles mil ultrages. Estos son , añadian los confederados , los conspiradores que querian degollar á nuestras mugeres é hijos mientras que nosotros estuviésemos en la frontera. Con semejantes palabras se aumenta el tumulto y se abren las portezuelas de los coches, que los infelices sacerdotes querian cerrar para ponerse al abrigo de los malos tratamientos, pero se lo impidieron obligándoles á que sufriesen con paciencia las injurias y los golpes. Llegan por fin al patio de la Abadía, donde estaba ya reunida una inmensa multitud. Aquel patio es el que conducia á los calabozos y se comunicaba con la sala en que tenia sus juntas la comision de la seccion de las Cuatro Naciones. Llega el primer coche delante de la puerta de la comision, y se encuentra rodeado de una multitud de hombres furiosos , entre quienes estaba Maillard. Abrese la portezuela y baja el primero de los presos para entrar en el tribunal, pero al momento le acribillan á heridas. Arrédrase el segundo dentro del coche, pero le arrancan de él por fuerza y le sacrifican como al anterior. Los otros dos lo fueron igualmente , y los asesinos abandonan el primer carruage para acometer á los que venian en los restantes, y uno tras otro fueron de-

gollados, me nos uno que fué el abate Sicard <sup>22</sup>, que se salvó como por milagro.

En aquel instante llegó Billaud-Varennes <sup>23</sup>, miembro del consejo del ayuntamiento, y el único entre los organizadores de aquella carnicería que la haya aprobado constantemente y presenciado tal espectáculo con intrépida crueldad. Llegó revestido con su faja, y pisando sangre y cáveres, habló á la masa de los asesinos diciéndoles: *Pueblo, tu sacrificas á tus enemigos y en ello haces tu deber. Detras de la suya se oyó la voz de Maillard que decía: Nada tenemos ya que hacer aqui, vamos á los Carmelitas.* Siguióle la tropa de bandidos, y todos juntos se atropellan en la iglesia del Cármen, donde estaban encerrados doscientos sacerdotes, que fueron degollados mientras oraban al cielo y se abrazaban unos á otros al aspecto de la muerte. Preguntan á gritos que donde estaba el arzobispo de Arlés, y le buscan, le reconocen y le matan de un sablazo en el craneo. Despues de haberse servido de sus sables, emplean las armas de fuego y hacen descargas generales en las salas, en el jardin, en las paredes y en los árboles donde procuraban salvarse algunas víctimas.

Mientras que se terminaba la matanza en los Carmelitas, vuelve Maillard á la Abadía con una parte de los suyos, cubierto de sangre y sudor; entra en el tribunal de la seccion de las Cuatro

Naciones y pide vino para los valientes trabajadores que están libertando á la nacion de sus enemigos. El tribunal temblando les concede <sup>24</sup> azumbres.

Sirvióse el vino en el patio, sobre unas mesas rodeadas de cadáveres degollados en aquella siesta y mientras que bebían les dice de repente Maillard, señalando las prisiones, á la Abadía. Al oír esta palabra, le siguen y empiezan á echar abajo la puerta. Asustados los prisioneros oyen los rugidos que era la señal de su muerte, El alcaide y su muger se desmayan: ábrense las puertas, y los primeros presos que se presentan son arrastrados por los pies y arrojados llenos de sangre en el patio. Mientras que se inmola sin distincion á los primeros que encontraron, Maillard y sus secuaces piden los registros y las llaves de todos los calabozos. Uno de ellos adelantándose hácia la puerta del rastrillo, monta en un taburete y dice: « Amigos míos, quereis aniquilar á los aristócratas que son los enemigos del pueblo é intentaban degollar á vuestras mugeres é hijos, mientras que vosotros estuvieseis en la frontera. Tenéis mucha razon sin duda alguna, pero todos sois muy buenos ciudadanos, que amais la justicia y os seria muy sensible manchar vuestras manos en sangre inocente. — Si, si, gritan los ejecutores. — Pues bien decidme, cuando sin oír nada os arrojais sobre unos hombres á quienes no

«conoceis siquiera ¿no os espondeis á confundir los «inocentes con los culpables?» Estas palabras fueron interrumpidas por uno de los asistentes que armado con un sable exclamó: «¿Quiéres tu tam- «bien adormecernos? ¿Si los Prusianos y los Aus- «triacos estuvieran en Paris, se pararian á distin- «guir los culpables? Yo tengo muger é hijos y no «quiero dejarlos en peligro: si vosotros lo quereis, «dadles vuestras armas á estos *bribones* y nos ba- «tirémos con ellos cuerpo á cuerpo y Paris que- «dará purgado antes de marchar.» — Tiene razon, es preciso entrar, dicen otros empujando y adelantándose; mas con todo les contuvieron y obligaron á consentir en una especie de juicio. Convinieron en ello disponiendo que se tomára el registro de los presos, y que uno de ellos haria las funciones de presidente, leeria los nombres y el motivo de su arresto, y pronunciarian inmediatamente sobre la suerte del preso. — Maillard, que Maillard sea el presidente, gritaron muchas voces y al instante principió sus funciones. Sentóse aquel terrible presidente junto á una mesa, y teniendo abierto el registro se rodeó de unos cuantos elegidos á la casualidad para que diesen su dictámen, y dispone que se queden algunos en la prision para que vayan trayendo los presos mientras que los demas estaban en la puerta para consumir el sacrificio. A fin de ahorrarse de presenciar escenas

de desesperacion, convinieron en que no se pronunciarian mas que estas palabras: *el señor que vaya á la Force*, y entonces le sacarian fuera del rastrillo y sin que el preso lo notase se hallaria en medio de los sables que le esperaban.

Trageron primero á los Suizos que estaban en la Abadía, y cuyos oficiales habian sido conducidos á la consergería. — ¿Sois vosotros, les dijo Maillard, los que asesinasteis al pueblo el dia 10 de agosto? — Nosotros fuimos atacados, responden aquellos infelices, y no hicimos mas que obedecer á nuestros gefes. — Sin embargo, replicó Maillard, no se trata mas que de conduciros á la Force. — Pero como aquellos desgraciados habian atisbado los sables que les amenazaban del otro lado del rastrillo, no podian engañarse, y asi en lugar de salir se iban echando hácia atras. Uno de ellos, con firme continente pregunta que por donde se habia de pasar, y apenas abrieron la puerta cuando se precipita con la cabeza baja en medio de los sables y de las picas y los otros se lanzan tras de él y sufren la misma suerte.

Vuelven los ejecutores á la prision, amontonan á las mugeres en una misma sala y traen otros nuevos presos. Algunos de ellos acusados de haber fabricado asignados falsos fueron sacrificados los primeros, y despues se siguió el célebre Montmorin, cuya absolucion habia ocasionado tanto tu-

multo y no le habia valido la libertad. Al presentarle ante el sanguinario presidente, declaró que habiéndosele ya sujetado á un tribunal regular no podia reconocer otro. — En horabuena, respondió Maillard, y así irá V. á la Force á esperar un nuevo juicio. Engañado el ex-ministro, pidió que le trajeran un coche, y habiéndole dicho que le esperaba uno en la puerta, pidió que le trajeran algunos efectos, y apenas iba á salir cuando recibió la muerte.

Luego trajeron á Thierry el ayuda de cámara del rey. *Tan bueno es el amo como el criado*, dijo Maillard, y le asesinaron al momento. Detras de él vinieron los jueces de paz Buob<sup>24</sup> y Bosquillon<sup>25</sup> acusados de haber hecho parte de la comision secreta de Tullerías, por cuya causa fueron degollados. Así se fué entrando la noche, y cada preso al oír los alaridos de los asesinos creía llegada su última hora.

¿Qué hacian en aquel momento las autoridades constituidas, todos los cuerpos reunidos y todos los ciudadanos de Paris? En aquella inmensa capital pueden muy bien reinar juntas la tranquilidad, el tumulto, la seguridad y el terror segun lo distantes que están unos sitios de otros. La asamblea no supo hasta muy tarde las desgracias de las cárceles, y llena de estupor habia enviado unos comisionados suyos para calmar al pueblo y salvar

las víctimas. Tambien el ayuntamiento habia nombrado los suyos para libertar á los presos por deudas y distinguir lo que él llamaba los *inocentes* de los *culpables*. Ultimamente los jacobinos aunque se hallaban en sesion y estaban muy instruidos de lo que pasaba, se convinieron en guardar silencio. Los ministros que estaban esperando en la secretaría de marina á que llegase Danton para formar el consejo, no sabian una palabra, porque este último se hallaba en la comision de vigilancia. El comandante general Santerre decia en el ayuntamiento que habia dado sus órdenes pero que no le obedecian, y que la mayor parte de su gente estaba ocupada en guardar las barreras. Es ciertísimo que habia órdenes desconocidas y contradictorias, y todo indicaba que habia una autoridad secreta y opuesta á la autoridad pública. En el patio de la Abadía habia un puesto de la guardia nacional que tenia orden de dejar entrar y no dejar salir á nadie. En otras partes estaban esperando órdenes los puestos y nadie se las daba. ¿Sería cierto que Santerre hubiese perdido el juicio, como le perdió el dia 10 de agosto, ó estaria en el secreto? Mientras que los comisionados enviados públicamente por el ayuntamiento, venian á aconsejar la tranquilidad y contener al pueblo, otros miembros de la misma corporacion se presentaban en la comision de las Cuatro Naciones, que tenia

su junta al lado de las matanzas, y decian: *¿ como vá por aqui, va tan bien como en el Cármen? El ayuntamiento nos envia para ofrecer á Vstede socorros en caso de que los necesiten.*

De nada sirvieron los comisionados que envió la asamblea ni los del ayuntamiento para detener los asesinatos, sino de encontrarse cara á cara con una multitud inmensa que sitiaba las inmediaciones de la cárcel y asistia á aquel horrible espectáculo, gritando *viva la nacion*. Montado el viejo Dusaulx<sup>26</sup> sobre una silla procuró pronunciar las palabras de clemencia sin lograr que le escuchasen; pero Bazire, mas astuto que él, habia fingido igual resentimiento que la multitud, mas apenas pronunció algunas palabras de misericordia cuando se negaron abiertamente á escucharle. Lleno de lástima el procurador Manuel, habia corrido los mayores riesgos sin poder salvar ni una sola víctima. Al saber aquellas noticias, el ayuntamiento un poco mas conmovido despachó otra diputacion para calmar los ánimos é ilustrar al pueblo sobre sus verdaderos intereses; pero tan impotente como la primera no pudo mas que libertar algunas mugeres y algunos deudores.

Continuó la carniceria durante aquella horrible noche y los asesinos iban alternando desde el tribunal á los rastrillos, siendo unas veces jueces y otras verdugos, bebiendo al mismo tiempo y

dejando sus vasos en las mesas, todos teñidos de sangre. En medio de aquel estrago no dejaron de perdonar algunas víctimas espresando un gozo inconcebible al volverlas la vida. Un jóven, á quien habia reclamado una seccion, y declarado puro en cuanto á aristocracia, fué absuelto en medio de los gritos *de viva la nacion*, y llevado en triunfo en los brazos sangrientos de los ejecutores. El venerable Sombreuil, gobernador de los inválidos, fué presentado á su vez y condenado á ser trasladado á la Force; pero habiéndole percibido su hija desde la prision, se lanza por entre las picas y los sables, estrecha á su padre en sus brazos, se apega á él con tanta fuerza y suplica á los asesinos con tantas lágrimas y tan tierno acento, que su furor se queda suspenso y admirado. Entonces como para poner á una nueva prueba aquella sensibilidad que les conmueve, la dicen *que beba sangre de los aristócratas* presentándola un vaso lleno de ella. Obedece aquella hija generosa y salva á su padre. Tambien la hija de Cazotte llegó á enlazar á su padre en los brazos y suplicando como la generosa Sombreuil, fué mas feliz que esta ultima, pues obtuvo la vida de su padre sin que la impusiesen una condicion tan horrible á su amor. Aquellos hombres feroces derraman lágrimas y vuelven á pedir nuevas victimas. Uno de ellos se vuelve á la prision para conducir nuevos presos

á la muerte, y quiere matar al carcelero cuando supo que aquellos desgraciados, á quienes él iba á degollar habian estado sin agua durante veinte y dos horas. Otro se interesó en favor de un preso á quien llevaba al rastrillo por solo haberle oido hablar el dialecto de su pais.—¿Porque estas aqui tu, le dijo á Mr. Journiac de Saint Meard? Si no eres traidor, el presidente *que no es nada tonto*, sabrá hacerte justicia; no tiembles y responde bien.—Presentan este preso á Maillard que se pone á mirar el registro y le dice: ¿Ah tu eres el Mr. Journiac que escribia en el *diario de la Corte y la Ciudad*? No., responde el preso, sino que es una calumnia porque yo en mi vida he escrito nada.—Cuidado con engañarme, replicó Maillard, porque aqui toda mentira es castigada de muerte. ¿No te has ausentado hace poco de aqui para irte con los emigrados?—Esa es otra calumnia porque tengo un certificado que atestigua que hace 23 meses no he salido de Paris.—¿De quien es ese certificado: es auténtica esa firma?—Por fortuna de Mr. Journiac habia en el sanguinario auditorio un hombre que conocia personalmente al firmante del certificado, el cual la verificó y reconoció por cierta.—Ya vé V, replicó Mr. Journiac, como me habian calumniado.—Si estuviera aqui el calumniador, dijo Maillard, yo haria con él un ejemplar escarmiento. Pero res-

póndeme, ¿no habia motivo ninguno para encerrarte?—Si, replicó Journiac, yo era conocido por aristócrata.—¿Aristócrata!—Si aristócrata; pero V. no está aqui para juzgar de las opiniones, sino de la conducta, y la mia ha sido irreprochable, pues ni jamas he conspirado, y los soldados del regimiento que yo mandaba, me adoraban y me encargaron que fuese á Nancy á apoderarme de Malseigne.<sup>27</sup>—Admirados de tanta firmeza se miraron los jueces unos á otros y Maillard hizo la señal de perdon. Al momento empezaron los gritos de *viva la nacion*, y los abrazos al preso, cogiéndole dos individuos que cubriéndole con sus brazos le hicieron pasar sano y salvo por la hilerera de picas que le amenazaba. Quiso Mr. Journiac darles dinero, pero lo reusan y no piden mas que el permiso de abrazarle. Otro preso salvado del mismo modo fué conducido á su casa con la misma solemnidad, queriendo los mismos egecutores, cubiertos de sangre como estaban, ir á ser testigos del gozo de su familia, é inmediatamente despues se vuelven á continuar la carniceria. En aquel estado convulsivo, todas las emociones se suceden en el corazon del hombre, siendo á veces compasivo, á veces feroz, ya enterneciéndose ya degollando. Cuanto mas bañado en sangre se encuentra, le sobreviene un dulce movimiento que le escita la compasion ó una noble firmeza

que le seduce, mostrándose celoso de parecer justo, y vano de parecer hombre de bien ó desinteresado. Si en aquellos deplorables dias de setiembre se vieron algunos de aquellos salvages endurecidos en el asesinato ó el robo, tambien se vieron algunos que venian á depositar sobre la mesa del tribunal de la Abadía las alajas sangrientas que habian encontrado en los cadáveres de los presos.

Durante aquella horrible noche se habia dividido la tropa de asesinos, para estender sus estragos á otras prisiones de Paris. En el Castillejo (Chatelet) en la Fuerza, en la Conserjería, en los Bernardinos, en San Fermin, en la Salpetriere y en Bicetre se habian cometido iguales asesinatos que en la Abadía y habian corrido arroyos de sangre. Al dia siguiente que era el lunes 3 de setiembre se vieron los horrores cometidos en las tinieblas y se aumentó el terror de Paris. Billaud-Varenes volvió á presentarse en la Abadía donde la víspera habia estado animando á los llamados *trabajadores* y les dirigió de nuevo la palabra diciéndoles: « Amigos míos, con haber degollado á estos inícuos habeis salvado la patria: la Francia os debe un eterno reconocimiento, y la municipalidad no sabe como recompensaros. Os ofrece á cada uno 24 pesetas que os van á pagar inmediatamente. » Estas palabras fueron cubier-

tas de aplausos, y aquellos á quienes se dirijian, siguieron entonces á Billaud-Varenes á la comision para recibir la paga prometida. — ¿Y dónde quereis, le dijo el presidente á Billaud, que encontremos fondos para pagar tanta gente? — Entonces Billaud, haciendo un nuevo elogio de los asesinatos, respondió al presidente que el ministro del interior debia tenerlos destinados para este uso. Fueron á casa de Roland, que acababa de saber al amanecer los crímenes de aquella noche y se negó con indignacion á la demanda. Vueltos á la comision, piden los asesinos bajo pena de muerte el salario de sus horrendos trabajos, y cada miembro tuvo que vaciar su bolsillo para satisfacerlos. Ultimamente el ayuntamiento acabó de pagar la deuda, y todavía puede leerse en el libro de registro de sus gastos la mencion de muchas sumas pagadas á los ejecutores de setiembre. Allí se vé ademas, con fecha 4 del mismo, la suma de 4463 libras afectas al mismo objeto.

Se habia ya propagado por Paris la relacion de tantos horrores y producido el mayor terror, pero los jacobinos continuaban guardando silencio. El ayuntamiento principiaba á compadecerse, pero no dejaba de añadir que el pueblo habia sido justo, que solo se habia ensangrentado con criminales y que no habia cometido otra culpa en su venganza que la de haberse anticipado á la ley. El